

Italianesi

Saverio La Ruina

Actor, dramaturgo y director teatral. Italia
saveriolaruina@alice.it

Texto recibido el 29/06/2015, aceptado el 29/06/2015 y publicado el 30/01/2016



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: con el monólogo *Italianesi*, premiado con el premio UBU al mejor actor en 2012, Saverio La Ruina continúa dando muestras de un característico y notable pulso cívico ya demostrado en obras como *Dissonorata. Delitto d'onore in Calabria* (2006, también premio UBU) o *La Borto* (premio UBU y Premio Hystrio), en este caso poniendo en escena una tragedia cuanto menos desconocida: la de miles de civiles y militares internados en Albania desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del muro de Berlín y el régimen soviético de Hoxha en 1989. Considerados "fascistas, capitalistas, amigos de América y espías del Vaticano" por los albaneses y por extranjeros por los mismos italianos, el personaje Tonino Cantisani vivirá con gusto el haber nacido en tierra de nadie, esperando el encuentro con un padre al que apenas conoce en uno de los episodios más sangrantes de la historia europea reciente.

Palabras clave: Italianesi, Saverio La Ruina, teatro de narración, Albania

]

(*Mirando los pantalones de un espectador*) Así no está bien, el pantalón lo han hecho mal. La doblez tenían que haberla hecho así, ¿ves? Más pequeña. La tenían que doblar poco a poco y tenían que hacerla más pequeña, así, ¿ves? Porque ahí el que manda es el tiro del pantalón. Y con ese tiro la doblez no es correcta. Lo he visto enseguida. Y también se han equivocado con la largura. ¡La largura, la largura del pantalón! Lo han acertado demasiado. Deberían haberlo acertado hasta el tobillo, así, hasta la altura misma del zapato, ¿ves? Así. Si no es así se pierde la proporción. Si no es así, el fallo de arriba te lo llevas hasta abajo, por todo el pantalón. Esto no lo ha hecho un sastre. Se ve enseguida.

Porque yo he trabajado de sastre durante casi cuarenta años, ¿sabes? Lo fui casi todos los años que pasé en el campo. Y no era para nada un campo de trigo o de patatas o de remolacha, aunque tal vez era un campo de trigo o de patatas o de remolacha, sino un campo de prisioneros, un campo de concentración. Como no había sastres allí dentro, un sastre le venía bien a todos. Le venía bien a los prisioneros, le venía bien a los campesinos y le venían bien incluso a los guardias.

Aprendí justamente en el campo con un verdadero maestro, el maestro Giuvannu, un verdadero maestro italiano. Y como cosía él, ya lo creo, como cosía él no cosía nadie. Y yo lo miraba. Aunque nadie me había dicho que lo mirara, nadie me había dicho que lo mirara. Lo vi y me paré. Lo decidió la cabeza. Las piernas lo decidieron. En cuanto lo vi se pararon. Solas, a su aire. Por poco no caigo de morros al suelo. Seguro que fue por aquellas telas. Pero no por las telas, sino por cómo estaban hechos. Era el color de las telas. Colores brillantes, rojos, amarillos, naranjas.

Igual fue como una especie de reacción ante aquel campo, aquel campo gris, lleno de fango, aquellos guardias con aquellos uniformes grises, grises y verdes del mismo color que

la mierda, aquella gente siempre deprimida... Igual fue una reacción ante aquella vida. Lo cierto es que lo vi y me paré.

Porque, la verdad, no había nunca visto colores tan brillantes como aquellos, tan brillantes como aquellos no los había visto sino en sueños. Yo siempre soñaba de noche con colores. Y para no olvidarlos, por la mañana temprano me los repetía en la mente. Los repetía, repetía y repetía, hasta que me quedaban impresos, hasta que ya no los podía olvidar. Así los podía mirar incluso sin soñar, los podía mirar incluso cuando era de día. Cuando no soportaba más todo aquellas cosas malas que había en torno al campo, me escondía en algún sitio donde no me viera nadie, cerraba los ojos fuerte, fuerte, y hacía que esos colores volvieran a mi mente, y los miraba todos, del primero al último, uno por uno, uno por uno miraba todos aquellos colores que había visto en sueños. Como una película. Acababa y volvía a empezar. Acababa y volvía a empezar.

Luego, una vez que había fijado con detalle los colores dentro de mí, ponía poco a poco las personas, luego los árboles, flores, una hilera de casitas coloradas. Y por fin lo más hermoso. Una joven de rostro amable, con el pelo rubio del mismo color que el trigo, y con los ojos celestes, tan celestes que parecían del mismo color que el cielo. Y al fin me ponía incluso a mí, a mí mismo, muy cerca cerquísima de ella. Ella me miraba y me sonreía. Pero no era para nada una sonrisa normal. Yo no había visto en mi vida una sonrisa como esa. Parecía que te tocaba el alma, parecía que te tocaba el alma y el cuerpo. Y luego ya no sentía el peso del cuerpo. Luego no sentía ya nada, me sentía ligero, me sentía como si pudiese volar, me sentía como si la pudiese coger en brazos y volar, volar por el cielo, junto a ella, abrazados. Pero en cuanto intentaba cogerla, todo desaparecía. Y me encontraba otra vez en la cama, como un bobo, lleno de barro, en medio de aquellos uniformes grises, grises y verdes del mismo color de la mierda, en medio de aquella gente siempre deprimida, con toda la razón del mundo para estar siempre deprimida.

Pero os estaba diciendo que la pasión por las telas me vino de los colores, de los colores que tenían aquellas telas, colores brillantes, rojos, amarillos, naranjas. Los colores que elegía les gustaban a todos, nadie los elegía tan bonitos. Y la gente siempre me decía:

- Pero, ¿cómo consigues elegir colores tan bonitos?
- ¿Que cómo lo hago? ¿Y cómo os digo cómo lo hago?

No les podía contar que los veía en sueños, que los veía en sueños y que luego me los repetía mentalmente, que los repetía y repetía hasta que se me quedaban grabados, hasta que ya no los podía olvidar. No podía quedar ante ellos como un loco.

- Pero, ¿cómo lo haces para elegir colores tan bonitos?
- Eh, no lo sé, decía, es un don, un don natural, no es que uno pueda siempre saber el porqué.

Luego un día escucho la voz de una chica que me dice:

- Yo sé por qué los colores los eliges tan bonitos.
- ¿Ah, sí?, digo yo mientras trasiego unas telas en la mano, ¿Y por qué?
- Porque tú los colores los tienes en tu cabeza.

Y me quedé de piedra. En cuanto lo dijo, me quedé de piedra. No había entendido bien lo que había dicho, pero me quedé de piedra de todos modos. Y la miré, dejé la tela que tenía entre las manos, levanté la cabeza y la miré. ¿Y qué veo? Una chica de amable rostro, de pelo rubio del mismo color que el trigo, y ojos azul celeste, tan azules que parecían del mismo color que el cielo.

Pero justo el tiempo de restregarme los ojos con las manos y ya no la veo frente a mí, había desaparecido. Dejo todo como está. Entro en el barracón. Miro por todas partes. Entre los albaneses no estaba. Entre los griegos no estaba. Entre los italianos lo mismo. Recorro cada rincón del campo y parecía como si hubiese desaparecido. Cojo al maestro Giuvannu, el maestro que me había enseñado todo sobre las telas, cómo debía cortarlas, cómo debía unir las, cómo debía elegir los colores, la consistencia del hilo, que me había enseñado dónde poner las manos, dónde poner los pies, cojo al maestro Giuvannu y le digo:

– Maestro Giuvannu, ¿has visto a una chica de rostro amable, con el cabello rubio del mismo color que el trigo, y con unos ojos celestes, tan celestes que...?

– Pero, ¿cómo hablas así?, me responde el maestro Giuvannu, siempre con una respuesta a punto en sus labios, ¿A quién estás buscando? ¿Una chica rubia de ojos azules?

– ¡Eh!

– Es la nieta de los Seku, los dos viejecitos que están junto a la cancela.

– Ya he ido, pero no la he encontrado.

– Claro que no la has encontrado, ya se ha ido

– ¡Cómo!, ¿ya se ha ido?

– Ha salido con el coche de línea, ya se ha ido. En verano viene al campo con los abuelos, pero luego regresa de nuevo con su madre a Tirana.

– ¿Por qué? ¿La madre no está con los abuelos en el campo?

– No, no está aquí desde que se casó con un hombre de Tirana.

– De Tirana...

– De Tirana, sí. Pero vuelve siempre en verano con los abuelos.

– ¡No te referirás al próximo verano...!

– ¿Cuál si no? Este ya ha acabado.

Aunque más tarde con esta chica... aunque cómo fue la cosa con ella os lo contaré luego. Os estaba hablando de esta costumbre mía de quedarme con los ojos cerrados y pensar. Porque resulta que luego, cuando las cosas las pensaba por dentro, acababan pasando de verdad, igual que con la chica de rostro amable. Justo cuando las pienso, va y suceden en realidad. Pueden pasar días, meses, pueden incluso pasar años... pero siempre llega el momento en que suceden realmente las cosas que pienso.

Para que veáis, os contaré una cosa, una cosa que acaba de pasar. He pensado: Debo volver a Albania. Y he vuelto, he vuelto igual que vuelven a Italia mis tíos de América.

– Pero, ¿por qué volvéis siempre de América?

– Volvemos al pueblo donde nacimos, me responden.

También yo he vuelto al pueblo en el que nació. Un pueblo donde he estado prisionero durante cuarenta años porque era italiano, aunque luego fui durante veinte años extranjero en Italia porque era albanés y cuando volví a Albania los amigos albaneses me decían mirad, ha vuelto el italiano.

Así que he vuelto a Albania. Aunque más que a Albania he vuelto al campo, un campo que no es para nada un campo de trigo o de patatas o de remolacha, sino un campo de prisioneros, un campo de concentración. Campo de Savr, lo llaman.

¿Cómo lo he encontrado? ¿Y qué sé yo? No os sabría decir si el lugar es hermoso o feo, aunque es más feo que hermoso, pero os diré que antes incluso de recordar a alguien, un objeto, una persona, una cosa que te recuerda un suceso, me inundó una melancolía como nunca antes había experimentado. Bastó el aire, el olor, ¿quién sabe? Aunque todo lo hizo el cerebro, eh, por cuenta propia. Siempre por cuenta propia me ha llevado a un lugar adonde iba siempre de pequeño, una colina en la que no había nunca nadie, donde podía estar solo y pensar. Y en cuanto he llegado allí, he empezado a recordar. De golpe. Como una película que fuera hacia atrás. Vvvv...

Lo primero que he recordado ha sido la carta de la Cruz Roja Italiana: Estimado señor Tonino Cantisani... así estaba escrito en la carta, Tonino Cantisani, mi verdadero nombre y apellidos. Incluso hoy, cuando lo pienso, me entran escalofríos. Estimado señor Tonino Cantisani..., yo la mandé en el 82 y me han contestado en el 85, le comunicamos, han escrito, que hemos localizado a su padre, Cantisani Leone. Hacía treinta años que no sabía nada de papá, pues desde el 54 la censura no nos ha dejado ni escribir ni recibir nada. Desde hacía treinta años no sabía nada de papá, ni siquiera dónde estaba. Le hemos enviado a su padre su dirección. Y nos ha dado su autorización para enviarle la suya: Cantisani Leone, calle Gennargentu, calle Pórtico 3, 08020 Olzai, Nuoro, Cerdeña. No lo podría creer. De repente el corazón se me salía del pecho. He ido corriendo al guardia y le he dicho:

– Camarada Ganì, le he dicho.

Le he rogado como si fuese la mismísima Virgen.

– Camarada Ganì, he encontrado a mi padre, después de más de treinta años. Finalmente lo he encontrado.

– ¿Y ahora qué quieres?, me responde.

– Quiero que lo sepas, no quiero hacer nada a escondidas, quiero solo que me permitas escribirle.

– Escribe, escribe, me dice él.

Aunque eso lo sabían ellos ya de principio a fin... habían leído ya la carta, lo controlaban todo. Escribí a papá, pero no tuve respuesta. Escribí una segunda carta, una tercera, una cuarta, pero tampoco entonces tuve respuesta. Pero, ¿por qué no me responde?, pensé. No sabía el porqué, pero seguro que había pasado algo. Lo descubrí cuando llegué a Cerdeña en el 90. Aunque lo que pasó os lo contaré después. Porque entonces eran demasiadas las cosas que me venían a la cabeza. De golpe. Como una película que va hacia atrás. Vvvvv...

He empezado a recordar que en este lugar donde nunca había nadie me sentaba en el suelo a pasar las tardes. He empezado a recordar que miraba el cielo y esperaba. Esperaba y esperaba hasta que pasaba un avión. ¡A saber toda esa gente adónde irá!, pensaba. Pensaba

como un niño que no hubiese visto nunca nada del mundo. ¡A saber qué se siente cuando se está en el cielo!

He empezado a recordar que cuando el avión desaparecía en el horizonte, cerraba los ojos y el avión volvía de nuevo hacia atrás en mi mente, cerraba los ojos más fuerte y podía ver incluso dentro de él, aunque como no sabía cómo estaba hecho, lo imaginaba igual a uno de esos coches de línea, así, tal cual, con el conductor al volante fumando y la gente alrededor de él haciéndole preguntas:

– Pero, ¿cuándo llegamos?

– Hoy nos salimos del horario, eh?

– ¿Pero no podrías coger un poco más suaves esas curvas, por favor, que se me revuelve el estómago?

Me lo imaginaba igual que esos coches de líneas regulares con esas ancianas que van dando la lata al conductor:

– Yo tendría que bajar un poquito antes de la parada, ¿me haría el favor de dejarme bajar justo delante de la Esso?

Me imaginaba que detrás de esa anciana estaban sentados mamá y papá, que papá había finalmente vuelto de Italia, que había vuelto a Albania y que había venido a llevarnos con él. Y aprovechando un momento en que la anciana callaba, en que finalmente las curvas habían acabado por dejarse notar en los estómagos, le decía a papá:

– Papá, ¿adónde vamos?

– Eh, dice él, vamos al lugar más hermoso del mundo.

– ¿Y cuál el lugar más hermoso del mundo?

– Eh, Italia.

– ¿Y cómo es esa Italia?

– Eh, Italia es un lugar hermosísimo.

Le hacía todas aquellas preguntas ingenuas igual que las haría un niño que no hubiera visto nunca antes nada del mundo.

– ¿Y por qué es un lugar tan hermoso.

– Pues porque en Italia están las ciudades más hermosas del mundo: Florencia, Roma, Venecia. No hay nada más hermoso que ser italiano

– ¿Y por qué no hay nada más bello que ser italiano?

– Pues porque en Italia somos todos pintores, músicos, cantantes.

Y luego estaban todas las cosas que él le contaba a mamá y que mamá me ha contado a mí y que yo he contado a mi mujer y después de mi mujer también a mis hijos. En Italia somos todos pintores, músicos, cantantes, decía papá. De forma que cuando luego volvimos realmente a Italia, cuando en Roma bajé del tren, me esperaba una orquesta, con gente que tocaba, bailaba, cantaba. Pero resulta que nadie tocaba ni bailaba, y mucho menos cantaba, al contrario, nos tuvieron presos durante cinco días en comisaría y en silencio, y si nos quejábamos nos miraban mal y de nuevo silencio.

- Mira estos albaneses..., decían los policías.
- No hay nada más hermoso que ser italiano, decía papá.

Luego se oía la sirena y me volvía corriendo al campo para el recuento de la tarde. He empezado a recordar aquel campo que habían hecho adrede para nosotros, para nosotros y para los que eran como nosotros, enemigos del régimen, pues así nos llamaban. La tenían tomada con nosotros por culpa de la guerra. La tenían tomada con nosotros desde que Mussolini invadió Albania. Allí, por aquellas fechas, llegaron a haber más de cien mil soldados italianos en tiempo de guerra. Más otros veinticinco mil civiles italianos. Uno de aquellos cien mil soldados era mi padre. Al final de la guerra solo una parte logró volver a casa ya que no había suficientes barcos para todos. Cuando luego en Albania comenzó la dictadura, cerraron las fronteras y con ellas nos encerraron a todos: animales, cosas y personas. También encerraron a mi padre. Y junto a mi padre encerraron también a los demás soldados y civiles italianos que se quedaron. Desde entonces Albania está blindada. Desde entonces no ha podido ni entrar ni salir nadie.

En el 46 dividieron Europa como si fuera un estadio de fútbol: por una parte los seguidores de América y por la otra los seguidores de Rusia. La Italia que seguía a América estaba de una parte y la Albania que seguía a Rusia estaba de la otra. En medio pintaron una raya y cuidado con quien la pasara. Y si alguien la pasaba, acababan con él, es decir, lo mataban. Luego dijeron que la raya no era lo bastante segura y erigieron una pared de hierro. Luego dijeron que tampoco la pared de hierro era lo bastante segura e hicieron un muro de cemento. Luego dijeron que tampoco el muro era lo bastante seguro, pero los demás respondieron: sí, pero, ¿qué narices podíamos poner en lugar de un muro?. Y pararon.

Mi padre conoció a mamá y se casaron. Estuvo en Albania hasta 1951, año en el que, justamente, nació yo. Pero también fue el año en que estalló la bomba en la embajada rusa. Estalló la bomba y con ella estalló todo. Dijeron que solo podían haber sido los italianos, que solo ellos eran capaces de hacer bombas y bombitas. Los arrestaron a todos, los procesaron y los condenaron: espías italianos que trabajando para los americanos a cuenta del Vaticano, dijeron. Indeseados, dijeron incluso. Y les dejaron la vía libre.

Junto a papá deberíamos haber partido también en el barco mamá y yo. Digo también, porque, aunque yo todavía no estaba, era como si ya estuviera, porque mamá ya me llevaba dentro de ella. Pero justo en el momento en que estábamos entrando, la para un policía:

- Camarada, ¿dónde vas?
- A Italia, respondió ella.
- No, no, le dijo el policía, en este barco van solo hombres. Mujeres y niños salen en el segundo barco.

Mamá dice que enseguida entendió cómo iba a acabar todo, que tuvieron que arrancarla de los brazos de mi padre a la fuerza, se agarró tan fuerte que hicieron falta cuatro o cinco personas para separarlos. Dice que se agarró con tanta fuerza que se quedó con los bolsillos de su chaqueta en las manos.

- Espero volver a coserte los bolsillos en la chaqueta, le dijo a papá, no te olvides de traermela, dice que le dijo mientras se las ponía en el pecho.

Pero, ¿quién podía pensar entonces que el mundo se dividiría en dos durante cuarenta años y que con él se dividiría también a las personas?

– Mujeres y niños salen con el segundo barco, dijeron.

Pero el segundo barco nunca partió. No partió hasta 1991. Hicieron falta cuarenta años para que partiera. Pero en lugar del segundo barco, fuimos nosotros los que partimos. Pero no hacia Italia, sino hacia un campo de prisioneros, campo di Savr, lo llaman, el campo donde nací yo en el 51. Con esos barracones hechos de brea: brea por encima, por debajo, a los lados, por todas las partes brea, en invierno te helabas de tanto frío que hacía y en verano nos moríamos de tanto calor... hacía tanto que la brea hervía. Había siete barracones y en cada barracón ciento cincuenta personas, aunque al principio no había divisiones. En aquellos barracones que no acababan nunca, yo me divertía de pequeño corriendo en medio de la gente. Mamá y yo estábamos al final del barracón. Y cuando se desesperaba porque no me encontraba, enseguida me escapaba. Imagino que jugaba a fútbol y que regateaba a todas las personas que había. El árbitro era Giggino, el hijo del maestro Giovannu, el único amigo que tenía en el campo.

Giggino silbaba y yo sacaba de puerta. Me imaginaba que driblaba a los Zozi, a los Radi, a los Seku, todos albaneses, todos ellos amontonados frente a la primera ventana, la que daba al baño. Un baño para ciento cincuenta personas. Y no se podía ir más allá cuando hacía falta. Solo se podía ir cuando te lo permitía el camarada Ganì. Solo así aprendías a detenerte cuando te decía que no y a no detenerte cuando te decía que sí.

– ¡Falta!, grita Giggino, ¡falta!

– Pero qué falta ni qué falta, chaval, dice Nik Nanos, bastantes preocupaciones tenemos ya en la cabeza.

– ¡Amonestado!, grita Giggino, quien no quiere escuchar nada.



Tiro la falta a la banda izquierda y me coloco a la derecha junto a los griegos. Paso por delante de Papòpulos, Tinìkos, Sidos, Kanìculis y no sé cuántos más, a los los, kis, tas y dis los adelante... los griegos estos se parecían todos.

– Mi–mira que te bu–busca tu ma–madre, me dice a trompicones el hijo de Petrassi.

– Petrà, levántate de ahí, por favor.

Apunto como un misil a Karagunis, quien cada vez que me ve tiembla... él dice que por el hielo y el frío, yo creo que porque se caga de miedo.

– Mira que te está buscando tu madre, dice Petrassi de nuevo.

– Petrà, para ya... ¿no ves que estoy jugando a fútbol?

Regateo a Kuros, que logra tocar el balón y lo

manda a la banda. Todo culpa de ese mastuerzo de Petrassi, al que ni siquiera se le entiende bien lo que dice.

– Fuera de banda, grita Giggino.

El fuera de banda siempre es un fastidio, con toda aquella gente pegada al muro, todos callados, con los brazos levantados y la cabeza metida entre los hombros, que parece que estén asistiendo a un funeral, en lugar de un partido de fútbol.

– Si el partido no os gusta, mirad a otra parte.

Salgo hacia la banda lateral y llego a la de tres cuartos. En esta zona siempre hay que ir con cuidado. Salen piernas por todas partes. Cada vez que llego aquí casi me ahogo. Y no basta que alrededor del barracón estén los guardias... alrededor de ellos están los policías y alrededor de ellos el alambre de espinos... ¿debe uno sentirse también agobiado incluso cuando juega a fútbol? Sin embargo los evito y regateo a todos. Avanzo y me acerco al área de penalti, la zona donde están los italianos, quienes, por lo demás, son siempre los más cansados, pues cada noche tienen que hacer trabajos. Una vez uno, una vez otro, desaparecen de noche y vuelve cuando ya es de día.

– Mira que te busca tu madre...

Regateo a Fiore, driblo a Schirò y paso a Lorusso. Aunque la verdad es que nunca he sabido en qué consistían exactamente esos trabajos... ¡Pero estoy seguro que quien los hacía, luego no era bueno jugando! Salto a Di Gennaro, avanzo y me lanzo al área de penalti. Tras la puerta está mamá. Mueve la cabeza como diciendo no, no, no lo va a conseguir.

– Ya verás si lo consigo o no...

Pero justo antes de tirar a puerta, Spagnoletti, siempre el mismo (y que además, es el más mayor) se me echa encima fingiendo que se cae. ¡También él está cogiendo los mismos vicios que los griegos! Pero Giggino no cae en la trampa y pita.

– Penalti.

Mamá se echa las manos a la cabeza. Giggino pone dos cazos para la portería un poco más adelante. Mamá está nerviosa, la veo preocupada, le tiemblan las manos. No me gusta verla sufrir así después de haber estado llevando todo el día sacos de trigo de cuarenta kilos. Ciento cincuenta sacos por un plato de sopa. Y setenta y cinco para mí. Giggino pita. Yo tiro y goooool. Mamá llora de alegría. Me lanzo a sus brazos, pero tal y como llego a sus brazos me da un bofetón, un bofetón tremendo.

– ¿Dónde te has metido todo este tiempo? ¿Quieres que esté todo el día preocupada?

Aunque luego se le pasa y me abraza y yo me adormezco en sus brazos. Siempre he dormido abrazado a mi madre, porque allí solo había una cama. Aunque hubiera habido dos, habría dormido igualmente abrazado a mamá, y antes de dormir mamá me contaba siempre cosas de papá y cosas de Italia.

Así es como empecé a ir cada noche a Italia, en sueños. Comencé a sentir el murmullo del mar, a pensar en cómo se estaría en Ischia, en las montañas, en Roma, la capital. No la había visto nunca, pero lo sabía todo de Italia. También empecé a pensar en cómo sería mi padre, ese padre que no había visto hasta entonces, ese padre del que no sabía ni siquiera dónde estaba.

Solo luego, en el 85, lo supe, pues no salí hacia Italia hasta el 90.

– Debo ir con mi padre, dije en la embajada italiana después de que cayera el régimen, debo ir a Italia.

– Pero puedes ir a donde quieras, dijeron, eres libre.

– ¿Soy de verdad libre?

– Claro que eres de verdad libre, ¿crees que lo decimos de mentiras?

– Pero, ¿puedo ir de verdad a Italia?

– ¿Otra vez? Es verdad que puedes ir donde quieras. Y no puedes ir solo a Italia, puedes ir adonde te parezca y venga en gana. Eres ciudadano italiano, dijeron.

Ciudadano italiano, cuando lo pienso me siguen dando escalofríos. A los cuarenta años era finalmente ciudadano italiano. No me lo podía creer. No me veía yendo solo y me llevé a Leoncino, mi hijo mayor, que entonces tenía doce o trece años. Como nos habían repetido tanto que ya era ciudadano italiano, que era libre y que podía ir donde quisiera y me apeteciera, cuando por fin llegamos a la frontera, el corazón se me salía del pecho. Para llegar hasta allí tuvimos que hacer quinientos metros a pie. Recuerdo que la cabeza me daba vueltas. Me daba vueltas por el miedo a que alguien me cogiera por la espalda. O que alguien, aun peor, me disparara. El corazón me iba a mil.

¿Cómo contaros lo que pensé cuando crucé la frontera? ¿Cómo contaros cómo me sentí? Pero, ¿cómo puede sentirse alguien que ha estado prisionero durante cuarenta años y por primera vez se siente libre, libre de caminar adonde le lleven sus piernas, libre de mirar adonde le guíen sus ojos, libre de pararse donde le venga en gana, libre sencillamente de estar? Parece una tontería, eh, pero no os podéis imaginar cómo se siente uno al estar, al estar así, como ahora, libre de estar y basta. Es algo que no se puede explicar. Es algo que si no se ha vivido no se cree.

Solo cuando salí de Albania me sentí libre de verdad por primera vez. No bastaba con que hubiera caído el régimen. No bastaba con haber salido del campo. No bastaba tampoco con tener el pasaporte italiano. Solo cuando vi el cartel con las letras Trieste me sentí por primera vez verdaderamente libre. Y el corazón comenzó a latirme cada vez más fuerte, porque al entrar en Italia me acercaba a papá.

– Tonì, me dijo mamá cuando tenía seis años, que no se te escape nunca de la boca una palabra sobre papá o una palabra sobre Italia.

Lo único es que el guardia siempre estaba hablando de Italia.

– La Italia fascista, la Italia enemiga, decía, la Italia aliada con los enemigos de Albania.

Hablaba y me miraba a la cara. Y viendo que no reaccionaba, me atacaba con más fuerza.

– Este es italiano, decía, hijo de un enemigo, hijo de un espía que nos ha traicionado.

Cuanto más hablaba él, con peor cara me miraban los otros niños.

– ¿Por qué lloras?, me preguntó el guardia.

– No lo sé.

– Pues si tú no sabes por qué lloras, lo voy a saber yo... pero si quieres te quito las ganas de llorar.

Después de esto, mamá desapareció durante tres días. Volvió con el cuello arañado y el vestido hecho jirones. A duras penas se tenía en pie.

– ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué te ha pasado?

– Nada, no me ha pasado nada, respondió, he tenido que hacer unos trabajos.

– Siempre estos malditos trabajos.

Había también un chico que no me insultaba nunca. Pero siempre me acercaba a él, él se alejaba. Una vez que no hubo nadie, me dijo:

– Contigo no puedo hablar, porque tú eres italiano, tú eres fascista, tú no eres como nosotros.

Cuando volví a casa, le dije a mamá:

– Mami, ¿por qué me dicen que no soy como ellos? Y si no soy como ellos, ¿cómo soy?.

– Eres italiano, me respondía ella.

Y desde entonces me fui cada día con el maestro Giuvannu.

– ¿Qué quieres?, me preguntaba.

– Quiero aprender italiano.

– Pero yo no sé hablar italiano.

– ¿Cómo que no sabes hablar italiano? Todos te llaman el italiano, el maestro Giuvannu el italiano, pero... ¿no sabes hablar italiano?

– Es verdad que soy italiano, pero nosotros el italiano no lo hablamos nunca. Nosotros hablamos solo en dialecto.

– ¿Y qué es el dialecto?

– Es el habla de la zona. En la Italia del sur cada zona tiene su habla propia.

– ¿Y cuál es la tuya?

– El calabrés. Entre nosotros el italiano lo hablan solo los doctores.

– Vale, pero... ¿Calabria dónde está?, ¿no está en Italia?

– Claro que está en Italia, ¿dónde iba a estar si no, en Francia?

– Pues entonces habla el italiano que sabes hablar, ¿no?

Y desde entonces he hablado con él siempre el italiano que él sabía. Me habló de Italia, de Calabria, de la montaña donde habían nacido al igual que mi padre, la montaña de Pollino, tanto me habló de ella que conozco de memoria esa montaña de Pollino. Me habló de Venecia, donde había hecho la primera instrucción militar. Me contó que Venecia está en el agua.

– Pero, ¿en medio del agua?

– Sí, justo en medio del agua.

– ¿Y cómo camina la gente?

– ¿Que cómo caminan? Pues caminan con los pies, ¿cómo iban a caminar?

– Pero, ¿cómo caminan por encima del agua?

– ¡Serás bobo!, por el agua van con barcas.

Luego me habló de Roma, donde él había estado como militar. Me contó que el Papa hacía milagros. Maestro Giuvannu era creyente, un verdadero católico creyente. Había que ir con cuidado, ahora que en Albania se perseguía a la Iglesia y también a los católicos. Él creía en la Virgen, en Jesucristo y en todos los santos. A él lo arrestaron luego justamente por esto, porque creía en la Virgen. Le encontraron en su casa un cuadrito con la Virgen de Pollino y lo arrestaron. Pero no solo lo arrestaron a él, también arrestaron a la Virgen. Llegaron incluso a meter a la Virgen en la cárcel... y ante su celda apostaron incluso a dos guardias, no fuera que la Virgen se escapase.

– Pero si el papa hace milagros, entonces, ¿es un santo?

– Santo, santo, no es, pero se acerca, no por nada lo llaman el Santo Padre.

– ¿Y vuela por los aires igual que los santos?

– Tan bien como ellos no, pero se las apaña.

– ¿Se las apaña en qué sentido?

– Pues... en el sentido que... que no vuela tan tan veloz como ellos, eso es. Está un poquito más quieto, pero se mantiene todo el rato en el aire.

Hablaba el italiano que sabía y yo repetía las palabras en mi interior. Las repetía y repetía hasta que se me quedaban impresas. Y luego de noche me las volvía a repetir para mí. Y así todas las noches. Durante años y años. Hasta que una noche soñé que hablaba italiano en sueños. Me fui corriendo a donde estaba el maestro Giuvannu y le conté que hablaba italiano en mi sueño. Él me miró maravillado como si hubiese visto a la Virgen y dijo:

– Oh, Virgen mía.

– Maestro Giuvà, ves a la Virgen por todas partes. No soy la Virgen, soy Tonino.

– Tonì, me dijo mirándome como si yo fuese aún la Virgen, ¿estás hablando en italiano! ¡Milagro! A partir de este momento, me dijo el maestro Giuvannu poniéndome el metro en la cabeza, eres un italiano de verdad.

Levanté las manos gritando:

– ¡Soy italiano!

– ¿Qué eres tú?, me preguntaron los guardias.

– Soy italiano, me lo decís vosotros constantemente.

– Es verdad que lo decimos también nosotros, pero también decimos que los italianos son nuestros enemigos.

– Pero, ¿por qué son vuestros enemigos?

– Porque son fascistas, capitalistas, amigos de América y espías del Vaticano.

– Sí, pero, ¿qué os han hecho?

– La guerra.

Y se me llevaron con ellos. Aquella vez solo me pegaron, pero lo cierto es que tan solo estaban esperando a que me hiciera mayor. Para ellos era solo una cuestión de tiempo. Porque o colaborabas con ellos o estabas en contra suya. Y en contra suya no podías fallar ni una coma. Solo esto bastaba. Porque si no te equivocabas tú, la coma te la ponían delante ellos. Allí siempre había alguien dispuesto a traicionarte. O alguien a quien ellos incitaban a traicionar. Hubo incluso madres que denunciaron a sus hijos. Pero los denunciaron no porque no los quisieran, sino que los denunciaron para salvar a otros hijos. Los denunciaron por el miedo que minaba por dentro a toda la familia. Porque adonde no llegaban los policías, sí llegaba el miedo. Y ellos usaban el miedo para controlar a todos.

– Pero ahora... ¿qué me hacen?, ¿adónde me llevan?

– Nada, no te hacemos nada, me dijeron la primera noche que se me llevaron, hacemos un trabajito y te llevamos a casa.

Entonces yo tenía veinte años. Ya sabía todo sobre esos trabajos.

Me llevaron a una habitación y me dejaron allí. Entró Mohamed Tepelena, el policía jefe. Me miró directamente a los ojos. Deberían verse en el cine ojos así, deberían verse en primer plano. Ojos de maníaco. Le hubieran gustado un montón a Dario Argento.

– Mira que nosotros tenemos fe en ti, me dice sonriente. Si tu colaboras con nosotros, no te hacemos nada, sigue amistoso, nosotros te queremos ayudar. Basta que nos digas lo que hayas escuchado.

– ¿Y qué he escuchado?

– Lo que ha dicho Giovanni Rubolino.

– ¿Y qué ha dicho Giovanni Rubolino?

– Ten cuidado, porque nosotros sí sabemos lo que ha dicho y sabemos que se ha equivocado.

– ¿Y en qué se ha equivocado?

– Ha hecho de agitador y propagandista, ha hablado en contra del régimen y del partido.

– Pero yo al maestro Giuvannu no le he escuchado nunca hablar en contra del partido.

– Ah, ¿no? Petrassi dice sin embargo que sí.

– ¿Petrassi? No me lo creo.

– ¿Que no te lo crees? Traed a Petrassi, grita Tepelena a los guardias.

– Seguro que es una farsa, pensé.

Pero al poco rato llegó de verdad Petrassi. Y la cara de Petrassi me decía que no era ninguna farsa. Le temblaban los labios, tenía los ojos hundidos y la piel tensa. Parecía un fantasma.

Tepelena escribe una pregunta en una hoja y tras la pregunta escribe también la respuesta. Yo, Petrassi Giuseppe, declaro que Giovanni Rubolino ha actuado como agitador y propagandista en contra del partido y en contra del pueblo albanés en presencia mía y ante el resto de personas de esta lista.

– Firma, le dice Tepelena a Petrassi.

Suena el teléfono y Tepelena responde. Yo aprovecho la ocasión.

– Pero, ¿cómo eres capaz de testificar contra maestro Giuvannu, de dar testimonio contra mí?

Petrassi solo balbuceaba las palabras.

– Yo... yo... no...

Tepelena cuelga el teléfono y mira a Petrassi.

– ¿No habrás cambiado de idea, verdad?, dice Tepelena a Petrassi. ¿Quieres que te refresque la memoria?

Petrassi mira el primer plano de aquellos ojos de película. Pero no sé qué película de terror está viendo, aunque seguro que lo que ve es un film tremendo. Porque incluso yo veo que es algo tremendo. A Petrassi le cambia la cara. Como la de los dibujos animados. Le van saliendo tantos tics que ni siquiera parece él.

– Pero, ¿qué te han hecho?, pensé.

– Firma, le dice de nuevo Tepelena a Petrassi.

Petrassi parece hipnotizado, y firma igual que firmaría un paralítico; lo hace con un garabato en el que apenas se entiende el nombre. Mientras Tepelena va a llamar a los guardias le digo a Petrassi:

– ¿No piensas en el maestro Giuvannu?, ¿no piensas en mí?

Por la cara de Petrassi empiezan a rodar unos inmensos lagrimones. Tepelena vuelve con los guardias, lo agarran por la chaqueta y se lo llevan fuera.

– Espero la firma de Cantisani, dice a los policías de fuera.

Intento levantarme, pero los policías me empujan de nuevo a la silla.

– ¿Confirmas lo que ha dicho Petrassi?

– No puedo confirmar cosas que no sé.

– ¿No?, dice mientras me pone un palillo entre las uñas de un dedo del pie.

– ¿Todavía no?, y me pone cuatro palillos en las otras uñas que quedan.

– ¿Quieres que empecemos también con el otro pie?, me dice de nuevo el policía más gordo.

Le lanzo un escupitajo a la cara.

– Si lo vuelves a hacer te parto la rodilla, me dice mientras me parte la rodilla.

Y luego me pega, me pega, me pega... tanto que no sé decir durante cuánto tiempo me pega. Me pega tanto que llega a un punto en el que ya no me duele, tanto que ya no siento nada, tanto que llegué a pensar ¿cómo narices se las arregla para pegarme durante tanto tiempo?. Tanto que me parecía imposible... y se me escapaba la risa.

– Oh, ¿pero cómo narices lo haces?, le dije. Y empecé a reírme como un loco.

Así es que ellos empezaron a golpearme aún más fuerte.

– Pegad, pegad, pegad..., les decía, me pegáis tanto que ya no siento nada. Pegad, pegad, pegad, decía, hasta que ya no me hagáis daño.

– Este tío está loco, seguro, pensaron.

Y esto es lo que me salvó; que pensaran que seguramente estaba loco.

Cuando se llevaron al maestro Giuvannu yo estaba con él. Me dejó sus tijeras y junto a las tijeras su metro. Y una tiza de colores para marcar las telas. Y me dijo:

– De ahora en adelante eres tú el sastre del campo.

– Pero, ¿qué dices, maestro Giuvà? No he cosido en mi vida.

– Tampoco el italiano lo habías hablado antes.

Y luego dijo:

– Tonì, ahora sabes todo sobre los colores de las telas.

– Si tú lo dices...

– Aunque hay un color que te falta en tu cabeza, uno solo. Cuando lo sepas, serás un sastre completo.

– ¿Y qué color es ese?

– El color de la chica de amable rostro.

– ¿Y cuál es el color de la chica de amable rostro?

– Te toca a ti descubrirlo.

– ¿Y cómo haré para descubrirlo?

– El verano se está acercando, Tonì.

Y se lo llevaron. ¿Cómo os diré cómo me sentí? Quizás igual que cuando dos presos, después de tantos años juntos, finalmente se separan. Porque entonces, quien se queda, se siente incluso peor. Porque pese a que hay más espacio, sientes que la cárcel se vuelve para ti más estrecha. Pese a que hay más espacio, la libertad te falta incluso más. Porque los padecimientos al fin y al cabo los soportas, las privaciones las soportas también, y soportas también las torturas si al final no te matan, pero al hecho de no poder estar con quien quieres y donde quieres, uno no se habitúa nunca. Por eso, cuando la situación da la vuelta, enloqueces. Igual que me pasó cuando llegué a Trieste.

El tren se para. Leoncino dormía. Eran las cinco, las cinco y media de la mañana. Yo bajo, pero bajo no porque la cabeza lo hubiera decidido. Bajo así, por instinto, bajo solamente porque lo necesitaba. Por primera vez en mi vida hacía algo en el momento preciso en que necesitaba hacerlo, sin pedir nada a nadie, sin esperar el permiso de nadie. Es algo que no se puede explicar.

Entonces bajo, me arrodillo, beso la tierra y lloro. Lloro igual que un bebé recién nacido. No importaba que tuviera cuarenta años, para mí era como si acabara de nacer en aquel preciso momento, en el momento justo en que puse los pies en Italia, en el momento en que me convertí en un hombre libre. Lloro, lloro tanto que no podía parar.

Luego veo dos o tres palomas andando por el andén. Subo al tren y le cojo los panecillos a Leoncino. Los hago migas por el suelo y llegan decenas y decenas de palomas, centenares,

miles, no tengo ni idea de cuántos, millones... Cuando se acaban los panecillos, reemprenden el vuelo. Yo las veo volar con la boca abierta. Sentí una alegría tan grande como nunca antes había sentido. Porque en Albania las palomas nos las comíamos, mientras que en Italia eran libres y volaban por el cielo. Y cuando volaban era como si me dijeran también tú eres como nosotras, también tú puedes ir donde quieres, también tú eres libre. Nunca he experimentado una alegría tan grande. Cuando luego el tren dejó Trieste, por primera vez desde que habíamos salido, me entra sueño y duermo. Duermo desde Trieste hasta Bolonia, durante todo el trayecto.

El tren pasa por Bolonia, Florencia y Roma. En Roma cogimos el tren a Civitavecchia. En Civitavecchia el barco a Olbia. En Olbia el tren a Nuoro. Y en Nuoro el coche de línea a Olzai. En el coche de línea éramos cuatro personas. Junto a mí estaba Leoncino y detrás dos señoras que no me quitaron en ningún momento los ojos de encima. Hablaban y se frotaban la barbilla, hablaban y se restregaban los ojos. ¿Por qué estarán tan interesadas?. Pero luego veo un pueblecito en la colina y un cartel en la carretera: Olzai. El corazón empieza a latirme cada vez más fuerte. Hacía 128 horas que habíamos salido de Tirana. No sé cuántos kilómetros, pero ya llevábamos 128 horas fuera del campo.

– Necesitamos un sastre, me dice un día un guardia en el campo, quien sepa coser que dé un paso al frente.

Doy un paso al frente al mismo tiempo que unos cuantos más.

– Ah, ¿sí?, dicen los guardias, ¿tantos sastres tenemos aquí dentro?

Y nos trajeron una Singer, la máquina de coser que se usaba antes.

– Tú, coge esta tela y haznos unos pantalones, le dijeron al primero.

– Tú, con esta otra haz una chaqueta, le dijeron al segundo.

Hubo quien la tela la cosió torcida y quien no supo siquiera ponerla en la máquina, así es que se vio claramente que ninguno sabía coser.

– Tú, me dijeron a mí, con lo que queda de tela haznos una camisa.

Cojo la tela, la pongo en la máquina y empiezo a coser como si en toda mi vida no hubiese hecho otra cosa. Había pasado tantos años mirando al maestro Giuvannu, lo había observado tan atentamente que conocía de memoria aquella máquina, mucho mejor de lo que pensaba. Sabía dónde poner las manos, dónde poner los pies, la posición de la tela, la posición del hilo... lo sabía todo. Aquella Singer no tenía secretos para mí. Podía coser con los ojos cerrados. Entonces preparo el hilo, elijo los colores de las telas, pongo los retales todos juntos, cierro los ojos y me imagino la camisa más bella. Cojo una tela blanca de algodón, coso un cuello verde, algunos botones rojos, la remato bien, abro los ojos y ante mí veo la misma camisa que me acababa de imaginar. Y veo también a los guardias con gesto de estar encantados.

– Pero, ¿cómo narices te las apañas para coser así?

– Es un don, un don natural, uno no puede saber siempre el porqué.

– A partir de aquel momento, dice el guardia, Tonino ha ascendido a primer sastre del campo. Ocupa el lugar del maestro Giuvannu.

Primer sastre del campo, tal y como había previsto el maestro Giuvannu. Vete a saber si no había previsto también lo que iba a pasar con la chica de rostro amable. Porque el verano acababa de llegar.

– ¿Sabes una cosa?, le dije a la chica de rostro amable.

– ¿Qué?

– Hay un color que no tengo todavía en mi cabeza, uno solo.

– ¿Y qué color es ese?

¡Y me quedé en blanco! Pensaba que la respuesta me vendría automáticamente, pensaba que estaba en algún rincón de mi cabeza lista para salir, que solo bastaba que ella hiciera la pregunta y saldría. Sin embargo, no salió nada.

– Y bueno... ¿ese color?, insistía ella.

– No te lo puedo decir.

– De eso nada, ahora me lo tienes que decir, ahora lo quiero saber.

– Te lo diré el verano que viene.

– Pero, ¿por qué tenemos que esperar hasta entonces?

– Pues porque así te veré también el año que viene.

Y sus mejillas se volvieron rosas de rubor.

– ¿Lo ves?, me dice, solo me haces perder el tiempo, y se va corriendo.

– Algún día te llevaré a Italia, le grité. Ella se para, se gira, me mira como si fuera un extraterrestre y desaparece. Ahora que ya no está el maestro Giuvannu, mi padre me hacía aún más falta. En cuanto podía me paraba a observar el mar. El mar que estaba frente a Italia. El mar Adriático. El mar que se lo había llevado, que se lo había llevado tan lejos.

128 horas nos costó llegar a Olzai, en Cerdeña... 128 horas.

– ¿Conocen la calle Gennargentu?, le pregunté a dos chicas que iban en el autobús.

– Claro, ahora se lo decimos, nos respondieron.

– Gracias, les dije girándome.

Se parece muchísimo, escucho que dicen. Y según bajamos del autobús me dicen:

– Es esta de aquí delante, por la izquierda la calle baja y por la derecha, sube.

– Gracias.

– De nada.

Pero no se movían. Se quedaron de pie y miraban. Y viendo que no se movían ni aunque hubiese un terremoto, nos sentamos en la puerta de la iglesia, como queriendo decir: nosotros no buscamos a nadie, hemos venido a misa. Y como para la misa faltaban todavía tres horas, finalmente decidieron irse. Entonces le dije a Leoncino:

– Estamos tan cansados, Leoncì, le dije, que lo mejor será que primero subamos, porque luego nos costará menos bajar.

Como no sabíamos que los números impares estaban en un lado y los pares en el otro, íbamos girando la cabeza de un lado a otro de la calle. Y mirando una vez a la izquierda y una vez a la derecha, una vez a la izquierda y una vez a... veo el número 3. El corazón se me paró de golpe. Me acerco y leo: Cantisani Leone. Cuando estaba a punto de tocar el timbre, me di cuenta de que no podía hacerlo. Me sentía fatal. Temblaba de pies a cabeza. Tenía la boca seca. La lengua pegada. Creía que me moría.

Vámonos, Leoncì, vámonos. Y echamos a correr. Cuando luego por fin me calmé, volvimos de nuevo al número 3, aunque esta vez sí que toqué el timbre.

Abrió una señora que tendría unos cuarenta años. Era una mujer muy hermosa.

– Soy Tonino Cantisani, el hijo de Cantisani Leone, y este es su nieto. Se llama igual que su abuelo.

– Entrad, dijo.

Lo dijo como si quien hablara fuera una estatua. Nos llevó a una habitación y nos invitó a sentarnos.

– Voy a llamarlo, dijo mientras salía.

El tiempo se paró.

En ese momento entra un hombre de setenta años. Lo miro y veo el mismo hoyuelo en el mentón, el mismo perfil de los ojos, la misma forma de la boca. Iguales, éramos totalmente iguales. Como si estuviese frente a un espejo. A menos de dos metros. El corazón me iba a mil. Leoncino entendió lo que pasaba y me cogió de la mano. No sabía si debía reír, no sabía si debía llorar. Como un niño que ha hecho algo y no sabe si ha sido algo bueno o malo. Mira a mi padre para ver qué hace. Y solo después de un instante sabe si debe reír o llorar. Así miraba a mi padre. Como un niño que mira a su padre para saber qué hacer.

Pero lo que hice os lo cuento luego. Aun ahora, cuando hablo de ello, me fallan las fuerzas. Cojo aliento y os cuento luego lo que hice.

La verdad es que era bastante más fácil cuando miraba el Adriático, el mar que se lo había llevado. Cuando tocaba el mar, pensaba que estaba tocando también a mi padre. En ciertas ocasiones me metía incluso en el agua y nadaba hacia Italia. Nadaba y nadaba hasta que caía exhausto, hasta que no podía más, hasta que estaba totalmente agotado. Así aprendí a nadar. Pensando en Italia. Pero ahora toca volver a pensar de nuevo en la chica de amable rostro. Porque finalmente había regresado de nuevo el verano.

– ¿Por qué quieres irte a Italia?, me decía la chica de amable rostro.

– Porque soy italiano.

– Yo no... ¿por qué tendría entonces que ir contigo?

– Pues porque en Italia están las ciudades más bellas del mundo: Florencia, Roma, Venecia.

Y le conté que Venecia está en el agua.

– Pero, ¿en medio del agua?

– Sí, está en medio del agua. Todo el mundo sabe que Venecia está en el agua.

Luego le hablé del Vaticano, de cuando el Papa habla desde la ventana. Pero desde la ventana por decir algo, le decía, porque el Papa apenas cabe en la ventana... es demasiado grande para caber en ella. El Papa la ventana la cruza y está en el aire. Está en el aire y habla. Porque el Papa no es para nada una persona normal. ¿Quién si no el Papa iba a poder hacerlo? Lo cierto es que es porque está en el aire por lo que la gente va a verlo; porque si no estuviese en el aire, no iría nadie. Porque cualquiera sabe ponerse delante de una ventana, para eso no hace falta ser ningún papa. ¡Oh, el Papa está en la ventana, vayamos a verlo!. ¿Y tengo que ir a verlo, que no he visto nunca gente en una ventana?. Pero no, el papa está en el aire y habla. Y mientras le contaba lo del Papa, ella reía y reía y reía, tanto que casi parecía que se le iba a desencajar la cara. Reía y reía como un disco rayado.

– ¿Quieres saber cuál es el color que me falta?

– No.

– ¿Cómo que no?

– Dímelo el verano que viene.

– ¿Por qué?

– Porque así te veré también el próximo año.

Y se pone una mano en los labios, como si las palabras se le hubieran escapado de la boca. Primero con la cara casi asustada, luego roja como un pimiento y, al final, enfadada.

– Lo ves, me dice, me has hecho olvidar que tenía que coger agua para mi abuela, y se va corriendo.

Hubiera querido abrazarla, pero tenía miedo de que todo desapareciera igual que cuando la abracé por primera vez en mi sueño. Entonces me dije a mí mismo Tonì, quédate quieto, que es mejor en el sueño que nada. Porque la respuesta más pronto o más tarde llegaría, estaba seguro de que más pronto o más tarde llegaría. Así pasó, de hecho, más tarde, el verano siguiente.

– Perdóname, le dije el verano siguiente, perdóname si te lo pregunto así, frente a la puerta de tu casa. ¿Sabes cuál es el color que me falta aquí dentro, en mi cabeza?

– ¿Cuál es?

– Eres tú, le dije.

Y me fui corriendo. Me avergoncé tanto que cerré la puerta y me fui corriendo. No esperé la respuesta, aunque ya la sabía al día siguiente. Luego, enseguida, pedimos el consentimiento para casarnos... y aquel verano pasamos los mejores meses de nuestra vida. Finalmente había encontrado el color que me faltaba.

Cuando dio a luz nuestro primer hijo, me zambullí una vez más en el mar. Y nadé de nuevo hacia Italia. Nadaba hacia Italia y gritaba: Papá, ha nacido Leoncino, papá ha nacido Leoncino. Gritaba y lloraba. Mi hijo se llamaba Leoncino y mi padre Leone. Por eso quise que viniera conmigo cuando fui a buscar a mi padre. Leoncino conocía a Leone.

Y ciertamente estaba conociendo a Leone, en el 90, ahora que lo tenía frente a él. Como os estaba contando, el corazón me iba a mil. Me levanté de un salto de la silla. Era mi padre. Me levanté de un salto de la silla y fui a abrazarlo.

– ¿Y bien?, dijo él, ¿eh?

Como queriendo decir ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué andáis buscando?. Y allí acabó todo. El corazón volvió a latir con normalidad. Los músculos se relajaron. Lo habría matado en ese mismo instante. Me senté. Él dijo ¿Eh? y yo me volví a sentar.

– No hay ningún eh, dije, no he venido a buscar nada, no he venido a buscar nada. De ti no quiero ni un pelo. He venido solo para verte, para ver cómo eres, qué cara tienes, el color de tus ojos, la forma de tu nariz. Para ver lo guapo que eres, y eres guapo, y alto, eres muy alto. Y ahora que te he visto, ya puedo volverme a Albania.

Luego se hizo el silencio. El tiempo se paró más de cuanto esperábamos. Me preguntó cómo estaba mamá, qué hacía y dónde estaba.

Le di el regalo... le había incluso llevado un regalo... le había llevado una pipa, pues sabía que él fumaba. A la mujer le enseñé una fotografía:

– Esta era mi madre, digo, esta era mi madre de joven.

– Aquí está como es ahora, le digo a papá, ¿en qué se ha convertido!

– Deja que la vea me dice él alargando la mano.

– No, no puedes ver cómo está mamá, a mamá no la puedes tocar ni en la foto, no puedes.

Y se deja caer en la silla de golpe. Como si les fuerzas le hubieran fallado de repente. Y empezaron a rodar lágrimas de sus ojos.

– Este chico se llama Leoncino, le digo. Yo siempre le he llamado Leoncino, pero a partir de este momento Leone ha muerto y Leoncino se ha convertido en Leone.

No sé por qué dije eso. Aun hoy sigo sin saber por qué. Porque yo, a papá, lo quería mucho. Lo quería muchísimo. Y aun hoy lo quiero. Lo querré mientras viva. No logro sentir que soy un hombre cuando pienso en papá. Pero entonces fui orgulloso.

– Debéis disculparme si os hemos molestado, le dije a la mujer.

Se lo dije aunque se habían portado mal con nosotros, se lo dije por respeto a mi padre.

– Nos vamos, dije.

Cogí al pequeño Leone de la mano y me lo llevé hacia la puerta.

– ¿Adónde vais?, gritó entonces papá, es tarde, tienes un hijo pequeño y un largo viaje a tus espaldas, esta noche dormís aquí y os vais mañana.

Y por fin vi a papá, por primera vez veía a papá.

Al día siguiente el pequeño Leone me dice:

– Papá, el abuelo te pide disculpas.

El remordimiento por aquello que pasó aún me persigue. Él me pidió disculpas y no supe perdonarle. Fue por rabia, por desesperación, por la vida sacrificada que había llevado, no sé por qué fue, pero no supe perdonarle. Aunque sé que perdonar es una cosa hermosísima, noble. Y yo no pude. No quise escuchar ninguna disculpa. Igual que un niño. Igual que Giggino cuando jugaba a fútbol. Bajo a la planta baja y me los encuentro en la misma postura que la tarde anterior, en la misma posición, con la misma expresión.

– Toni, dice papá, no me veo con fuerzas de para acompañarte al barco, os lleva ella en coche.

E intenta abrazarme.

– No. (*Pausa*) No, y le doy la mano.

Y cuando luego la mujer nos deja en el barco, me siento morir. Delante de mi padre me había hecho el fuerte, pero ya en el barco me siento morir. Porque había crecido con ese pensamiento, con ese pensamiento me había hecho grande y con ese pensamiento habría soportado todo lo que había soportado.

– No volveré nunca a Italia, le dije a la chica de amable rostro, no tengo ya nada que ver con Italia.

Pero el tiempo pasaba y cada vez era más grande el deseo de volver a Italia. Hasta que no pude resistirlo más.

– Volvamos a Italia, le dije un día a la chica de amable rostro, porque ese es mi lugar y este no es tampoco el tuyo.

Y volvimos a Italia. Pero os lo cuento luego cómo fue en Italia... nada más acabe de contaros cómo y cuándo la chica de rostro amable acabó siendo también internada en el campo. No sabía qué palabras usar para decirle cuánto me entristecía. ¿Qué podía decirle a una mujer que ha estado quince años en un campo de concentración por mí? ¿Qué podía decirle a una mujer que ha dado allí a luz a tres hijos? ¿Qué podía decirle a una mujer que para estar junto a mí decidió quedarse también ella en el campo? ¿Qué podía decirle a Selma? Porque este es el nombre de la chica de rostro amable, Selma, este es el nombre de mi mujer. ¿Qué podía decirle a Selma, la chica de amable rostro y con el nombre más dulce del mundo?

Durante todos aquellos años, en medio de todo aquel jaleo, en medio de todo aquel horror, no sé por qué, incluso hoy sigo sin saber por qué, cuando hacía el amor con Selma decía:

– Amor mío, le decía, un día te llevaré a Italia.

Se lo decía y se lo decía convencido.

– Selma, le decía, un día te llevaré a Italia.

Y por fin lo hice. Al final la llevé. Tuve que esperar a la caída del muro de Berlín, la muerte del Presidente, la caída del régimen albanés, pero supe esperar. Ellos han caído... pero yo estoy aquí. La verdad es que llegamos demasiado tarde, llegamos cuando papá ya había muerto y cuando mamá ya no le podía coser los bolsillos en la chaqueta.

¿Cómo contaros la felicidad de aquellos días, la fiesta en la embajada cuando nos dieron los pasaportes, la felicidad de los niños, los sueños durante el viaje en tren?

– Pero, ¿puedo llevar el pelo largo?, me decía Angioletto.

– En Italia puedes llevar el pelo como te venga en gana, le respondía yo.

– ¿Podré tener una bicicleta en Italia?, preguntaba Leone.

– En Italia puedes incluso tener dos, si quieres.

– ¿Dos?

– Solo hace falta que tengas dinero para pagar.

– ¿Y podemos tener también dinero?, dice Angioletto.

– Si trabajas, sí.

– Entonces empezaré a trabajar en cuanto llegemos a Italia, decía Leone.

– No, primero estudia.

– ¿Y una casa solo para nosotros?

– Claro, y una casa donde haya un baño, donde haya una cocina y donde cada uno tenga una habitación propia.

– Aunque no para todos, digo mirando a los chicos.

– Yo quiero una solo para mí, dice Leone, así podré tener dos bicicletas.

– En Italia podéis tener todo, les decía, y podéis hacer de todo sin pedir permiso a nadie.

Y así fue. Efectivamente, en Italia nos han dado de todo. No pensaba, sin embargo, que mientras nos daban de todos, nos quitaban lo más importante. Y que nos lo quitaron enseguida. Nos lo quitaron en cuanto llegamos.

Siempre había imaginado que cuando llegara a Italia me encontraría con una orquesta, con gente que tocaba, bailaba y cantaba. Pero allí no tocaba ni bailaba nadie, y mucho menos cantaban, al contrario, nos retuvieron durante cinco días en comisaría y en silencio, y si pedíamos algo, nos miraban mal y de nuevo silencio.

– Pero mira estos albaneses..., decían los policías.

– ¿Así que ahora soy un albanés en Italia, después de haber estado preso en Albania durante cuarenta años por ser italiano?

– ¿Y por qué? Vienes de Albania, naciste en Albania, hablas albanés... no puede ser nada más que albanés.

Y desde entonces esta ha sido siempre la misma canción, como un disco rayado. Han seguido con esa cantinela conmigo en la fábrica, con Selma en la tienda y con los niños en la escuela.

– Papá, me dijo Angioletto el primer día que fue a la escuela en Italia, ¿por qué me dicen que no soy como ellos? Y si no soy como ellos, ¿cómo soy?

Siempre me había imaginado que en Italia me esperarían igual a como se espera a un héroe. Y me disgusté mucho. Llegué como un niño que corre hacia su madre y no se espera que la madre no lo acoja en sus brazos.

Después de esto, empecé a ver a Italia con los mismos ojos que los colores del campo. El campo que tenía de verdad esos colores de mierda y que, después de imaginarme los colores en mi interior, lo veía de colores. Por el contrario Italia, que era en realidad de colores, la veía del mismo triste color que el campo. Incluso el cielo, los mercados, los vestidos de la gente. Incluso mi casa la veía del mismo color que el campo. Entonces cambiaba el suelo, pintaba las paredes, elegía los colores más bellos, pensaba: con este amarillo hago las paredes, con este naranja pinto el cielo... pero no cambiaban para nada, siempre eran igual,

como antes. Incluso Selma, incluso Leone y Angioletto, incluso ellos lo veían todo igual que antes, incluso ellos lo veían todo gris y verde, del mismo color de la mierda.

– ¿Por qué eliges colores tan feos?, me preguntaban.

– ¿Y qué se yo por qué los elijo tan feos? Es un don, un don natural, no es que uno pueda saber siempre el porqué. Un don no se tiene cuando te conviene y lo dejas cuando no te conviene, un don se tiene... y punto.

– Pero tu don era saber elegir los colores más hermosos, así es que, me decían ellos, ¿adónde ha ido a parar ese don que tenías?

– Lo he perdido.

Este es el motivo de mi vuelta a Albania. En cuanto llegué empecé a recordar. De repente. Como en una película que va hacia atrás. Vvvvv... Empecé a recordar lo que hacía de pequeño, los lugares a los que iba, los amigos que tenía, la gente, los guardias, al camarada Gani, que no te dejaba ni ir a mear si él no te decía que sí. Empecé a recordarlo todo. De repente. Y sentí una carga en mis hombros, una carga tan pesada como nunca había sentido. Y lloré, lloré como nunca en toda mi vida había llorado.

Y entre las lágrimas vi un avión que cruzaba el horizonte. ¡A saber qué se siente cuando se está en el cielo!, pensé. Pensé lo mismo que de pequeño, cuando miraba el cielo y esperaba. Pero esta vez no solamente lo pensé, esta vez quería ver realmente lo que se sentía estando en el cielo.

– Quisiera un billete para Roma, le digo a la señorita en el aeropuerto.

– Enseguida, dice ella mientras empieza a escribir en el ordenador.

– No, señorita, espere.

– ¿Sí?

– Para ir a Olzai, en Cerdeña, ¿qué aeropuerto es el más cercano?

Me mira perpleja.

– Verá, es que debo aclarar las cosas con cierta persona, una persona que ya no está.

Ella me mira aún más perpleja.

– Sí, pero que aunque ya no está, me escucha igual.

Entonces la señorita se echa a reír y se pone a escribir de nuevo en el ordenador.

– Cagliari.

– Entonces cojo el vuelo para Cagliari.

Compro el billete, subo al avión. Mi sorpresa fue que dentro no tenía nada que ver esos coches de línea que me imaginaba de pequeño. Dentro todo estaba limpio, ordenado. Al conductor ni se le veía. Una amable señorita me acompañó a mi sitio y me indicó que me sentara. El avión despegó. Por debajo veía las nubes. El avión viajaba tan suave que apenas parecía que se moviese. Intento poner el billete en la cartera, lo miro y me entra la risa: era totalmente amarillo, con los bordes naranjas, tenía los mismo colores que las paredes de casa, los mismitos colores. La amable señorita me trajo incluso el café. Y mientras bebía, miraba fuera de la ventanilla y pensaba.

- Papá, ¿adónde vamos?
- Vamos al sitio más hermoso del mundo.
- ¿Y cuál es el sitio más hermoso del mundo?
- Italia.
- ¿Y cómo es Italia?
- Es un lugar hermosísimo.
- ¿Y por qué es un lugar tan hermoso?
- Pues porque en Italia están las ciudades más hermosas del mundo: Florencia, Roma, Venecia. No hay nada más hermoso que ser italiano.
- ¿Y por qué no hay nada en el mundo más bello que ser italiano?
- Pues porque en Italia somos todos pintores, músicos, cantantes.

Traducción de Juan Pérez Andrés

